



## SEGUNDA PARTE.

## DE D. RODULFO, Y LA HERMOSA CASANDRA.

**Y**A dice como quedaron  
 en infeliz cautiverio  
 las dos Damas, y Rodulfo  
 quedó en un Castillo preso:  
 Bolvimos à las Cautivas,  
 que con cariño, y respeto  
 las tratan los dos hermanos  
 Azén, y Azén, porque el fuego,  
 que arde en sus corazones,  
 es ardiente Mongibelo.  
 Azén à Casandra adora,  
 y en aqueste mismo tiempo  
 Azén quiere à Felisarda  
 con cariñosos anhelos;  
 pero Casandra es un risco,  
 un escollo contrapuesto  
 à los embates del Mar,  
 como à las iras del viento;  
 mas no fue así Felisarda,  
 que en breve tiempo rindiendo  
 el castillo de su honor,  
 Azén cumplió sus deseos,  
 deshojando aquella rosa,  
 y de esta suerte vivieron,  
 ella Christiana, y el Turco,  
 gozándose mucho tiempo.  
 Viendo Azén, que no podía  
 de Casandra hacer lo mismo,  
 mandó, que la despujassen  
 de sus galas, y su vestido,  
 y que la casa estè sirviendo

entre las demás Esclavas,  
 solo por ver si con esto,  
 yà que no puede el cariño,  
 la rinda el mal tratamiento.  
 Todas, en fin, la agraviaban,  
 dándole poco sustento:  
 ella con lágrimas tristes  
 por sus mejillas corriendo,  
 las embargaban los labios,  
 por poder llorarlas luego,  
 Aquellas hermosas manos,  
 que corazones rindieron,  
 heridas, y ensangrentadas  
 las mira en suspiros tiernos.  
 De todas estas desdichas,  
 quien mas le hiere su pecho,  
 la memoria de Rodulfo,  
 su amado, y querido dueño,  
 Viendo Azén, que no podía,  
 ni con rigor, ni con ruegos  
 ablandarle de Casandra  
 el noble corazón, yendo  
 al quarto de Felisarda,  
 le dice: Hermana, yo muero  
 del incendio en que me abrasa  
 el ardiente Mongibelo:  
 mi hermano ha sido dichoso,  
 pues tú pagaste su afecto,  
 yo muero desesperado,  
 sin tener ningún remedio:  
 La cruel le respondió:  
 Tú tienes la culpa de esto,

pues

pues los ruegos no la ablandan,  
ni la mueven los dolores:  
apela, en fin, a la fuerza,  
que yo, hermano, le prometo  
de ponerla en salvo, donde  
puedas lograr tus deseos.

Azén, en fin, aunque noble,  
y reconoce, que es yerro,  
la pasión en este lance  
le quito el reconocimiento,  
y aceptó de aquella fiera  
el mismo reconocimiento,  
y Felisarda a Calandra  
la llamó luego al momento,  
le dice: Calandra mía,  
ya sabes lo que te quiero,  
ya sabes, que soy Christiana,  
de nobles padres, y deudo,

ya sabes el estado,  
que mi desdicha me ha puesto,  
y para enmendar el daño,  
ya en lo hecho no ay remedio;  
pero en esta misma noche,  
Calandra mía, he dispuesto  
con dos Moros, que me saquen  
de este cruel cautiverio,  
dandoos yo alguna plata  
de la mucha que pongo,  
yo no he de dexarte sola,  
quedate aquí en mi aposento,  
y en punto de media noche  
entrarás a dos hermanos  
al sitio ya señalado,  
y has de guardarme el secreto.  
Agradécida Calandra

las manos le besó, y luego  
en punto de media noche  
entraron a dos hermanos,  
y Azén, que estaba en aviso,  
sus piladas va siguiendo;  
la metió en medio de un monte,  
y luego en lo mas espeso  
aquella fiera, cruel,  
le dice: En aquella puebla  
he de aguardar a los Moros,  
según ellos me dixeron.  
A este tiempo llegó Azén,  
y con cruel indignación  
le dice: Aléves, traidoras,  
villanas, pues como es esto?

qué fuga es la que intentais?  
mas la vengará mi acero.  
Y Calandra de rodillas,  
volviendo los pies al Cielo,  
le dice: Azén, valeroso,  
no es mi culpa el querer vovnos  
en nuestra Patria, Señor,  
libres de tal cautiverio:

Si fuéis siempre cautivo,  
si fueras, Señor, lo mismo,  
Apartose Felisarda,  
para dar lugar al hecho:  
Azén con grandes carinos  
procuro con muchos ruegos  
le pague su torpe amor;  
y el engaño conociendo,  
como sangrienta Leona,

que le robó los Ojuelos,  
en defensa de su honor,  
a pesar de todo riesgo,  
con Azén llegó a los brazos;  
y así luchando, estuvieron  
gran rato, hasta que Felisarda  
cayó, pero defendiendo  
con los pies, y con las manos  
su honor casto, puro, y limpio;  
mas viendo que no la dexa,  
acudió al postrer remedio  
de las voces, por si acaso  
podía obligar al Cielo.  
Era esto, quando ya Cintia  
iba tayos apareciendo,  
y Latona recogía  
el obscuro manto negro;  
y el Príncipe, que venia  
a cazar con sus Monteros,  
apenas oyó las voces,  
apartandose fue de ellos  
a lo intrinseco del monte,  
llegó el Príncipe ligero  
y viendo a los dos luchar,  
y que rendida en el suelo  
está la hermosa Calandra,  
y que Azén cruel, y fiero  
queria arrancar las manos  
por lograr mejor su hecho,  
le dice: Verró, qué haces?  
Pero Azén, como está ciego,  
al Príncipe le tiro  
una cuchillada fiero,

que

que lo mata, si no fuera  
por ser el Príncipe diestro,  
y alcanzándole en un ombro  
lo hirió; mas al mismo tiempo  
el Príncipe le tiro  
un pistolerazo horrendo,  
con que hiriendole en un muslo,  
quedo tendido en el suelo,  
y tocando la vocina  
acudió la Guardia luego,  
mandó, que a Azén le llevasen  
con catorce Granaderos,  
y a Calandra, y Felisarda  
lleven a Palacio luego.

Al Gran Señor le dan cuenta,  
que reconociendo el hecho,  
la traycion de Felisarda,  
y de Azén el vituperio,  
la constancia de Calandra,  
mandó, que luego al momento  
a Felisarda, y a Azén  
los arrastren por el suelo,  
y a las colas de dos porros  
se despedacen sus cuerpos,  
y Calandra vaya libre  
con su Pasaporte Régio,  
y le den para el camino  
de zequies setecientos.

Execútese el mandato  
del Gran Señor al momento,  
y en carnes va Felisarda,  
sangre, y lagrimas vertiendo,  
diciendo: Señor Divino,  
Criador de Tierra, y Cielo,  
pequé, Señor, contra Vos,  
pero en tu clemencia espero,  
pues que veis que arrepentida  
el perdón os voy pidiendo,  
pues prevenidos los brazos  
para este castigo horrendo,  
se vido en Constantinopla  
el castigo mas acervo.

Las carnes con fragmentos,  
los pedazos de sus cuerpos  
eran sustento de canes,  
rigor en todo severo.  
Calandra con su Despacho  
a Belgrado partió luego,  
adonde allí se informo,  
y supo por muy extraño,

que Rodolfo havia escapado  
del Castillo, conociendo  
de su prisión lo penoso,  
sin tener ningun remedio,  
y que se preluje estaba  
el Exercito siguiendo:  
de la Reyna su Señora  
contra Tracia, y con anhelo  
se vistió en traje de hombre,  
y partió a la Tracia luego.  
Sentó plaza de Soldado  
el Exercito siguiendo:  
Como es hermoso, y galán,  
le echan sus compañeros,  
y con notable fortuna  
hizo tan heroicos hechos,  
que el General de la Reyna  
hacia con el extremo,  
y por sus muchas hazañas  
subia de puesto en puesto.  
Llegó a ser su Brigadier,  
y ni un instante de tiempo  
de el su General se aparta,  
tomando siempre el consejo  
de Astolfo, que así se pudo  
pero en muchísimo tiempo  
no encontró lo que buscaba,  
que era su mayor deseo.  
Y un día, que con los Gefes  
estaba en la Plaza en medio,  
vido venir un Soldado,  
lo resonó al momento,  
y apartandose de todos  
lo llamó, y el acudiendo  
con el sombrero en la mano,  
decia: JESUS, qué es esto?  
A no ser esta Señora  
quien tanta hazaña aqui ha hecho,  
dixera, que era Calandra:  
Ay dulce adorado dueño!  
Qué me manda Vuxcelencias  
De qué Patria, o de qué Reyno?  
Yo, Señor, soy de la Ungría,  
fui rico, y noble en estado,  
pero por una Señora  
de aquesta suerte me ves,  
no porque ella tenga culpa,  
porque es un Angel del Cielo,  
sino porque la fortuna  
de esta suerte lo ha dispuesto.

en fin, contóle su historia,  
con suspiros y lamentos,  
quando mentaba à Casandra  
Horaba suspiros tiernos,  
ella, con dolor agudo,  
hacia ver, que el lenzuelo  
el sudor le enjuga, y eran  
lagrimas que està vertiendo  
al ver à su dulce esposo,  
amado, y querido dueño;  
le dice: Pues eres noble,  
yo quisiera desde luego,  
que dexes de ser Soldado;  
y esto ha de ser con pretexto,  
que si no fuere tu gusto,  
yo violentarte no quiero.  
Señor, tan grande favor  
mucho lo estimo, y aprecio,  
en mi tendreis un esclavo,  
pero solamente siento  
el no acertar à servirlos:  
No te dè cuidado esto,  
dixo Casandra, que yo  
de que me sirvas me alegro.  
A su Tienda lo llevó,  
haciendole de ella dueño:  
mas que mucho, si en su alma  
tenia absoluto imperio.  
El la viste, y la desnuda:  
Aora dirán los necios:  
hà, si supiera Rodulfo  
lo que estava allí encubierto!  
A este tiempo una Batalla  
se dió al Prusiano sobervio,  
adonde fue su valor  
assombro del campo mesmo.  
Al General de Palmira  
le hizo su prisionero,  
por cuya hazaña invencible  
la Reyna le ha dado el puesto  
de Virrey de las Ungrias,  
y à su tierra partió luego.  
Nombrò por su Secretario  
à Rodulfo desde luego,  
fue en Ungria recibido  
de Damas, y Cavalleros;  
mas los padres de Casandra,  
viendo à Rodulfo, pidieron,

que les guardasse justicia  
con su Secretario nuevo:  
haciendole allí los cargos,  
y substanciendo el Proceso,  
mandò, que luego al instante  
à Rodulfo pongan preso,  
y pongan dobladas Guardas,  
porque no se vaya, y luego  
ella misma aquella noche  
le rondaba con desvelo.  
Rodulfo estava confuso,  
y entre sí estava diciendo:  
Quien se fia en las palabras  
de Señores, no es muy cuerdo.  
Llegò, en fin, por la mañana,  
y junto todo el Consejo,  
vista, y revista la Causa,  
allí en Juicio lo pusieron,  
y el Virrey le preguntò,  
diciendole: Pues que has hecho  
Rodulfo, de estas dos Damas,  
que tu vida corre riesgo?  
El, hincado de rodillas,  
le dice: Señor, no puedo  
decir mas de lo que os dixè  
à vos en el Campo nuestro;  
mas pues yà perdí à Casandra,  
manda derribar mi cuello.  
No quiso afligirle mas,  
se levantò del asiento,  
y al cuello le echò los brazos,  
le dice: Querido dueño,  
tu esposa Casandra foy,  
y lo serè en todo tiempo.  
Corrió en la Ciudad la nueva,  
y todos los Cavalleros  
à su casa la llevaron,  
donde contò por extenso  
de la infeliz Felisarda  
el tràgico fin sangriento:  
Los desposaron, y Henrique,  
el Conde, con noble pecho,  
se ofreció por su Padrino:  
Juego unas Honras se hicieron  
por la infeliz Felisarda,  
que Dios la tenga en el Cielo.  
Y aora Lucas Bermùdo  
pide perdon de los yerros.

F I N.

Con licencia: En Madrid. Se hallará en Casa de Andrés de Sotos, mas abajo  
de la Puerta de San Martín.